

siones sin comunicarse más que con las personas que han de figurar en el movimiento, y la señal la daré yo cuando vea perfectamente que no se puede hacer otra cosa.

—Entonces, ¿no es asunto resuelto? preguntó Payno.

—Todavía no: déjenme jurar tranquilamente. Yo tengo aún fé en la Constitución. Quizás la pierda cuando la jure; pero entre tanto soy constitucionalista y punto en boca.

Los conjurados se separaron muy emocionados.

Comonfort, según hemos visto, se presentó á jurar el día siguiente ante la Representación popular.



#### CAPITULO XIV.

##### *Estalla la bomba.*

DESDE el 1º. de Diciembre en que juró Comonfort la Constitución, y que por ese motivo había reinado alguna animación en el Congreso, las sesiones habían continuado sin ningún interés, aunque los diputados por su parte no dejaban de formar corrillos y de trasmitirse noticias y rumores más ó menos alarmantes, ya sobre cambios de política, ya sobre un golpe de Estado. Por más que Comonfort hubiera recomendado el sigilo á los conjurados, como á la vez les había encargado que hablaran, escribieran y prepararan á sus amigos, naturalmente tratándose de un futuro acontecimiento sensacional, se supo lo que se estaba tramando en la Capital por todas partes, como si ya hubieran estado establecidos entonces los hilos telegráficos. Además, aunque muchos no supieran nada, lo presentían, lo notaban en la atmósfera, no dejaban de sentir que soplaban *vientos de fronda*.

Así, pues, el día 14 de Diciembre, antes de que se abriera la sesión, un grupo de diputados sostenía un diálogo muy animado en una extremidad del salón, del que vamos á procurar hacer un extracto.

—¿Qué tienen ustedes de nuevo? preguntó Apolonio Angulo á sus dos paisanos Fermín Riestra y Amado Camarena.

—Circulan muchos rumores alarmantes, contestó el último, hasta el administrador de mi hotel dice que vamos á tener revolución.

—¿Pero una revolución reaccionaria? preguntó Riestra.

—Naturalmente, respondió Angulo, ¿no ayer mismo Comonfort mandó que celebraran una solemne función en el oratorio de su palacio en Tacubaya á la virgen de Guadalupe para glorificar su defección?

—¿Su defección? preguntó Camarena.

—Su defección, una vez que el Presidente es ya acusado por la conciencia pública como uno de los principales conspiradores.

—Eso es muy grave, dijo Riestra.

—Tan grave, continuó diciendo Angulo, que según me acaba de asegurar un coronel amigo mío, no se pasarán ocho días sin que estalle el movimiento.

—Aquí viene nuestro Presidente Olvera, dijo otro de los diputados que estaba en la reunión, y él nos dirá lo que nos toca hacer á nosotros.

—Irnos á nuestras casas, contestó Riestra sonriéndose forzosamente.

Se pasaba de largo Olvera, pero Camarena lo detuvo diciéndole:

—¿Ya sabe usted las noticias?

—Hay tantas, que no encuentra uno qué pensar, contestó Olvera. ¿Ustedes se refieren á la acusación de Payno?

—¿Qué acusación? preguntó Angulo.

—La que va á presentar la diputación michoacana.

—¿Contra Payno?

—Sí, por el delito de conspiración.

—¿Y quién presentará la de Comonfort?

—Pronto lo veremos. Voy á abrir la sesión.

Olvera, sin querer detenerse más, se encaminó á su asiento y abrió la sesión.

A pesar de que el salón estaba concurrido reinaba un silencio sepulcral. Todos los diputados tenían cuando menos el presentimiento de que se iba á tratar de algo muy grave, y estaban muy atentos á las lecturas, y todavía se manifestaron más preocupados cuando rápidamente se pasó de la sesión pública á la sesión secreta.

Después de leída el acta, dijo el Presidente Olvera:

—Tiene la palabra el C. diputado por Michoacán Eligio Sierra.

El diputado Sierra abordó la tribuna, dijo una pequeña introducción y en seguida leyó una carta (una de tantas cartas que se habían enviado en aquellos días) dirigida al general don Epitacio Huerta y firmada por el general Zuloaga y por el ministro Payno, invitándolo á pronunciarse contra la Constitución. De la misma manera leyó otras cartas dirigidas al mismo Huerta por otros militares y hasta gobernadores, en el mismo sentido.

Los diputados se quedaron atónitos, como heridos por una centella, sin saber qué partido tomar.

No había que hacer más que consignar el asunto á la

sección del gran jurado y pedir al gobierno explicaciones.

Pero cuando salieron de allí muy azorados, iban diciendo unos á otros:

—Lo que hagamos nosotros no tendrá resultado. . .  
¿Qué podemos hacer contra el gobierno que tiene la fuerza, si el mismo gobierno es el que se pronuncia?

El día 15 se presentó en la Cámara don Benito Juárez, ministro de Gobernación, quien aun no tomaba posesión de la Presidencia de la Suprema Corte de Justicia, y dijo: que plenamente autorizado por el Presidente, manifestaba que aquel protestaba con toda lealtad acatar los acuerdos del Congreso y conservar á todo trance la tranquilidad pública.

Considérese en qué situación se encontrarían los diputados cuando por un lado estaban intimamente seguros de que Comonfort preparaba una defección, y cuando por otra parte el immaculado Juárez, en quien tenían plena confianza, les aseguraba que Comonfort no cometería defección ninguna?

Pero era que hasta aquellos momentos, ó Juárez también estaba engañado, ó tenía grandes esperanzas de detener á Comonfort al borde del abismo. Los que allí estuvieron, platicaron después que, la voz de Juárez al estar informando al Congreso muy leconicamente, era insegura, trémula, cavernosa, según les había parecido, tal vez por las preocupaciones de que todos estaban dominados.

Y no decían ¡Juárez es un impostor! sino Comonfort es un audaz, un hipócrita ó un canalla.

En la sesión del día 16 se despejó más la incógnita; pero antes tenemos que asistir á la conferencia de Juárez y Comonfort, cuando el primero le fué á dar cuenta de la comisión que le había confiado para el Congreso. Ambos

se trataban con intimidación, se habían acostumbrado á tutearse en el Sur en el largo tiempo en que estuvieron juntos, y Juárez dijo al Presidente con su acostumbrado lacerismo:

—Cumplí con tu encargo.

—¿Cómo te recibió el Congreso?

—No sé: entré allí como sobre espinas y hablé poco.

—Tú nunca hablas mucho. En fin, cuéntame tus impresiones.

—Ningunas: cumplí con lo que me encargaste y se acabó.

—¿Estás enfadado conmigo?

—Sí.

—Por qué?

—Porque me estás engañando.

—Te he tenido vergüenza, créemelo. Por más que á tí te quiero más que á todos, has sido el último á quien he querido confiar mis proyectos. Me he resuelto á cambiar de política, porque tú mismo que eres tan demócrata estás viendo que la marcha del gobierno se hace imposible.

—Yo ya me he sospechado todo, pero no diciéndome tú, ¿para qué había de preguntártelo? Sólo ahora que me has puesto en vergüenza con el Congreso pensaba decirte algo.

—Perdóname, Benito, te ruego que me perdones por eso y por no haberte preguntado nada sobre mis planes.

—Eres libre de tus acciones.

—¿No lo apruebas tú? ¿No me acompañarás en mi nuevo programa?

—No.

—Es necesario que te convenzas de que las gentes que han dado impulso al gobierno, nos han llevado demasiado lejos. Todavía no es tiempo de tirar el guante al clero, ni de plantear reformas que chocan con las preocupaciones. Todo el país es religioso y debemos respetar la religión en sus sacerdotes. Yo no les temo á los enemigos armados, á todos los he vencido y seguiré venciendo. Lo que temo es la revolución moral, lo que no puedo contrariar es la opinión de todos. Hasta los más avanzados en ideas han venido á decirme que debo hacer á un lado la Constitución.

—¡Perjurándote y traicionando á tu partido!

—Yo te juro que lo que quiero es salvarlo.

—¿Y quién puede ya tener fé en tus juramentos?

—No puedes figurarte cuánto siento que no te vengas con nosotros.

—Te deseo buen éxito en tu empresa, dijo Juárez levantándose con toda calma. Yo desde ahora me retiro.

Y Comonfort, sin pensar en detenerlo, se cogió la cabeza con ambas manos, clavó los codos en la mesa y se quedó pensativo.

El día 16 se reunieron los diputados y todos se comunicaban en voz baja sus noticias. Unos decían que pronto iba á estallar el movimiento reaccionario encabezado por el mismo Comonfort. Los partidarios de éste, sus aduladores, sus hechuras, sus amigos, que los tenía muchos que se llamaban así como los tienen siempre los Presidentes, aunque dispuestos á volverles la espalda en su oportunidad, todos esos sostenían que aquel caudillo estaba sólo tanteando la situación, pero que no daría la campanada. Y se apoyaban en este argumento terrible: ¿creen ustedes, decían, que si Comonfort traicionara su

causa habría venido don Benito Juárez ayer á responder de su conducta?

Se abrió la sesión y parecía reinar en ella completa calma, cuando don Juan José Baz, que como hemos visto y como lo dice la Historia, era uno de los que estaban trabajando por un cambio de política, se desbordó como un torrente denunciando la conspiración. «He ido á Veracruz, les dijo, á explorar la opinión y á estudiar los medios para salvar la libertad: no estoy por la ley fundamental como se encuentra; pero no quiero que se quite por la fuerza ni tampoco ceder mi puesto de diputado al clero ni á la reacción, y por eso vengo á decirles que estamos sobre un volcán, que mañana ya no podremos reunirnos porque estarán las calles de México inundadas de pronunciados. . . . .»

El señor Baz dijo otras muchas cosas, pero se le hizo poco caso: la mayor parte de los diputados dijeron que tenían más fé en las palabras de Juárez, que en las denuncias de Baz, que no era más que un enemigo de Comonfort y que por lo mismo le lanzaba acusaciones sin ningún fundamento. Si es uno de los conspiradores, ¿cómo viene á quemar sus naves denunciando á sus compañeros?

Y no obstante que se habló mucho en sesión secreta sobre el asunto, no se tomó resolución ninguna, habiéndose escuchado casi con indiferencia una nota del ministro Payno en que se decía que si había algún culpable, no sería otro más que él, y que sobre él descargara toda su cólera el gran jurado.

Pero, ¿qué cólera había de descargar el gran jurado si ya sabía muy bien el ministro que el jurado, con todo y

Congreso, iban á rodar por el polvo arrollados por la rebelión?

Ante todos aquellos esquilazos que se estaban dando, en los que se ocupaban los periódicos aunque con parsimonia, porque estaba en suspenso la libertad de imprenta, ya no era posible que los comprometidos, que los conjurados se esperaran más, y el día 27 amaneció pronunciado Zuloaga en Tacubaya, obedeciendo las órdenes de su padre.

El acta respectiva, ¡y qué acta! sólo ocupaba seis artículos: el 1.º derribando la Constitución; el 2.º nombrando dictador á Comonfort; el 3.º prometiendo otra asamblea constituyente católica; el 4.º poniéndole rémoras á la nueva Constitución; el 5.º estableciendo un consejo de gobierno, y el 6.º poniendo fuera de la ley á las autoridades que no aprobaran tan sabio plan.

Y á propósito de planes, ¡qué diferencia entre éste y el de Ayutla, que con tanto entusiasmo había defendido Comonfort!

Como Zuloaga después de su pronunciamiento de Tacubaya se dirigió á México y ocupó la Ciudadela, que también se pronunció; como el plan fué secundado por Alcérreca el gobernador del Distrito que dió su proclama; como se dispararon veintiun cañonazos, se repicaron las campanas y se izó el pabellón nacional en los edificios públicos, se dió por hecho el cambio de gobierno, apresurándose á renunciar sus puestos cuantos funcionarios y empleados no estaban conformes con tales novedades.

El estupor fué tan profundo y tan general, que de pronto nadie sabía qué hacer, ni para dónde dirigirse, ni qué conducta observar, y aun los mismos del pronuncia-

miento, como asustados de su obra, no dieron señales de vida en muchas horas.

Los diputados no pensaron en reunirse, y mucho menos estando el local en el mismo palacio del gobierno, de donde de seguro hubieran sido lanzados á culatazos.

El mismo Comonfort estaba como atacado de parálisis, hasta que se le presentaron los políticos y militares que lo habían precipitado al abismo diciéndole que todos los cambios de gobierno necesitaban víctimas, y que era necesario escoger algunas.

—Pero si nadie se mueve, si nadie se me opone.

—No le hace, le insinuó Zuloaga, pueden salir de la sorpresa y coger á don Benito Juárez como bandera.

—Juárez es mi amigo.

—En política, de los amigos es de quien más debe desconfiarse. De la misma manera es preciso recoger en los cuarteles á los diputados que se pueda, para que no les den ganas de reunirse en ninguna parte. Es necesario no dar tregua á los puros que tienen que ser nuestros naturales enemigos.

—Está bien, dijo Comonfort con un poco de desgano y con algo más de repugnancia, hagan ustedes las prisiones que quieran.

—Aquí está la lista.

—Bien, bien, dijo Comonfort sin verla.

Y en seguida salieron los encargados de aprehender á don Benito Juárez, Presidente de la Corte; á don Isidro Olvera, Presidente del Congreso, á dos ó tres militares y á ocho ó diez diputados de los más quisquillosos. A otros muchos debió haberse aprehendido, pero tuvieron buenas narices y se escondieron ó salieron huyendo para refugiarse en los dominios de don Manuel Doblado, que se

había manifestado contrario al golpe de Estado de Comonfort.

Después de las prisiones se pasaron dos días en expectativa, sin que nadie pudiera darse cuenta de la situación, porque el Presidente no hablaba todavía; pero el 20 aceptó el plan de Tacubaya que se publicó por bando, con salvas y repiques, publicándose á la vez un manifiesto que firmaba aquel con todas sus letras, echándole brea á la Constitución.

Se dió parte al arzobispo del cambio político que se había efectuado, y la autoridad eclesiástica, para corresponder á tal galantería, dió un decreto conforme al que quedaban libres de pena los que habiendo jurado la Constitución se adhirieran al salvador plan de Tacubaya. ¡Quién sabe cuántas gentes abrieron los ojos ante esta forma de absolver pecados que habían merecido la excomunión y de poner con tanta facilidad el prestigio eclesiástico en la balanza de la política!

Como el *pastel* se había estado condimentando con mucha anticipación, secundaron el pronunciamiento las fuerzas de Veracruz, Puebla, Toluca, Tlaxcala, Cuernavaca y algunas otras guarniciones y gobiernos, y á pesar de eso, Comonfort no las tenía todas consigo cuando veía á su compadre Zuloaga, que era el héroe del momento, rodeado de la gente de la reacción que había venido combatiendo su gobierno durante dos años.

—¡Si esta bomba que he hecho estallar acabará por hundirnos á todos! exclamaba á sus solas.



## CAPITULO XV.

*Surgen los macabeos.*

**M**IENTRAS que Comonfort contemplaba alelado su obra sin dar ningún paso decisivo, y sin que su Consejo de Gobierno, compuesto de hombres de todos los partidos, tampoco dictara ninguna resolución, porque era imposible que pudieran ponerse de acuerdo, los gobernadores liberales de los Estados como Parrodi, Doblado, Huerta y otros, se coaligaron declarando su independencia de acción para oponerse á los planes del centro, y el mismo Estado de Veracruz volvió sobre sus pasos entrando de nuevo al orden constitucional.

Las indecisiones del Presidente que quería conciliar elementos que eran irreconciliables, le hicieron no sólo sospechoso sino despreciable para los partidos extremos, y en uno y otro campo se propusieron eliminarlo, los liberales asumiendo su soberanía y los conservadores tomando de instrumento á Zuloaga, que ya les había perte-

necido, para que éste le pusiera el cascabel al gato.

El día 11 de Enero, después de un repique á vuelo que hubo en las iglesias y de la respectiva salva de veintiun cañonazos en la Ciudadela, se presentó Zuloaga en palacio en el despacho de Comonfort.

—Compadre, le dijo, el chubasco se me vino encima, ya no me fué posible detener á mis gentes que estaban devoradas por la impaciencia, y acabo de pronunciar-me desconociendo á usted como Presidente.

Comonfort estuvo á punto en ese momento de lanzarse sobre Zuloaga á puñetazos, pero era hombre que sabía dominarse, y contestó con calma:

—No podía esperar otra cosa de usted, compadre; una vez que estoy predestinado á que mis mejores amigos me traicionen. Ya usted sabe cómo me han pagado todas las personas á quienes he hecho algunos beneficios.

—Compadre, he venido á eso precisamente, á pedirle á usted perdón y á entregármele para que me castigue si soy delincuente; pero yo no podía hacer otra cosa, y usted hubiera hecho lo mismo en mi lugar. Mis tropas han carecido de lo necesario, usted no ha tenido recursos que darme para mantenerlas y yo me he visto estrechado á recibir algunas cantidades del cabildo eclesiástico. Los jefes que usted mismo ha puesto á mis órdenes, en lo general pertenecen al partido conservador, y en consecuencia, si yo no he accedido á sus deseos, hubieran acabado por fusilarme.

—¿Pero no he mandado decir á usted con Payno que me esperara un poco, un poco solamente?

—He contestado á Payno que eso era imposible. Tuvo la imprudencia de hablarme en presencia de Parra y otros jefes tan reaccionarios como Parra, y he tenido que

manifestar energía. De otro modo yo mismo hubiera cabado mi sepulcro. Todavía más, señor compadre, esos mismos generales que están conmigo y las personas del clero que me han dado recursos, me han exigido que acepte los servicios de Osollos y Miramón, cuyas opiniones usted conoce, y me he comprometido á recibirlos. . . . mañana ó pasado se me incorporarán.

—Está bien, compadre, yo prefiero las situaciones definidas, y ahora lo que me toca es batir á ustedes inmediatamente.

—Usted hará lo que le parezca, compadre, pero yo creo que lo mejor sería que usted, ó mejor dicho los dos, nos elimináramos por algún tiempo de la política.

—¿Y usted quiere que después de haber traicionado la primera vez á mi partido le traicionara la segunda, poniendo la situación en manos de los reaccionarios? ¡Eso no lo haré nunca!

—El partido puro lo repele, compadre, y el moderado no sirve para nada.

—Todavía tengo suficientes elementos para triunfar y triunfaré: en el campo del combate franco á nadie le temo.

—¿Puedo salir entonces de este palacio?

—Espere usted órdenes.

Zuloaga salió del despacho y se estuvo en las antecámaras sin atreverse á salir á la calle temeroso de que se le marcara el alto. Y sin embargo, bien pudo haberse ido, una vez rotas las hostilidades, porque Comonfort, en lo que menos había pensado por más que estuviera en su derecho, era en decretar su prisión. Zuloaga era lo que más deseaba, ya para aparecer como víctima ante los su-

yos, ya para evitarse compromisos ó para acallar remordimientos.

Cuando más tarde, después de unas cinco ó seis horas, alguna persona fué á interesarse por la libertad de Zuloaga, el Presidente le contestó:

—No lo tengo preso, no pago con una perfidia otra perfidia. El señor Zuloaga puede marcharse cuando guste, y aun había olvidado que estuviera en Palacio.

En el entretanto Comonfort había estado alistando las tropas de que disponía para atacar á los pronunciados en sus cuarteles, las cuales estaban ya preparándose con fortificaciones para la resistencia, sabiendo con quién tenían que habérselas.

Uno de los acuerdos principales de aquel que estaba ya dando las *boqueadas* como Presidente de la República, fué mandar poner en libertad á los presos políticos, entre los que se hallaba el Presidente de la Suprema Corte de Justicia don Benito Juárez.

¿Qué le importaba ya que se aumentara combustible á la hoguera en las circunstancias en que estaba, y cuando el fuego ardía de un extremo á otro de la República?

Entonces fué cuando comprendió que había sido lanzado al abismo por sus pérfidos consejeros; pero ya no tenía otro remedio que morir, y quiso buscar la muerte en los combates que iba á provocar él mismo con su denuedo acostumbrado.

Las hostilidades se abrieron inmediatamente desde los puntos que conforme á su estrategia ocuparan los combatientes, por medio de tiroteos nutridos que no daban mayor resultado; pero las gentes de buena intención intervinieron para que se entrara en tratados, y se celebró un armisticio.

Sucedió, sin embargo, algo que vino á hacer imposible todo arreglo. El día 13 hubo dianas y músicas en la Ciudadela.

—¿Qué significa ese regocijo? preguntó un vecino á otro que venía de aquella dirección.

—Acaban de llegar los macabeos.

—¿Qué macabeos son esos?

—Los coroneles Osollos y Miramón que tanta guerra han dado al gobierno.

—¿Pues no estaban presos?

—Hace tiempo de esto: estaban presos efectivamente, pero se fugaron, ó mejor dicho, Comonfort les abrió las puertas de la prisión, según las voces que corrieron entonces.

Un vecino, pues, bautizó á aquellos jefes reaccionarios con el sobrenombre de macabeos, que tan buena acogida tuvo por aquel entonces.

Y como tales macabeos eran enemigos jurados é irreconciliables del partido liberal, desde luego se supo que ellos no habían de aceptar los términos medios y que ya teniendo mando de armas habían de atirantar las cuerdas de la situación hasta hacerlas romperse, para entrar ellos de refresco, que era puntualmente lo que ambicionaban.

Los beligerantes estuvieron en sabrosas pláticas desde el día 11, fecha del pronunciamiento, hasta el día 18 en que las gentes humanitarias propusieron que se salieran los dos bandos á librar su combate definitivo á siete leguas de la ciudad. El caudillo de Ayutla aceptó desde luego; pero no así los pronunciados que precisamente acudieron al armisticio para tomar las mejores posiciones, fortificarlas y ponerse al abrigo de toda sorpresa, pues que mientras en la Capital tenían sobrados elementos de boca y guerra, ya

á media legua que estuvieran fuera, perderían todas esas ventajas.

Comonfort, que era candoroso y á la vez caballeroso, ni se aprovechó del armisticio para mejorar sus elementos militares ni creyó que los contrarios abusarían, de modo que no pudo menos de sorprenderse cuando sus exploradores le fueron á decir que ya los únicos tres puntos que ocupaban sus fuerzas estaban sitiados por tropas bien municionadas, de modo que las primeras tenían que ser envueltas y sometidas una vez que no podían ser auxiliadas.

—¡Canallas! ¡siempre canallas! exclamó el agonizante Presidente, ¿no estaban comprometidos á no moverse de sus primeras posiciones conforme al artículo 1º del armisticio?

Pero Comonfort era también valiente, era más que valiente, temerario, y seguramente hubiera logrado someter á los rebeldes si ha contado con tropas leales; pero el día 18 de Enero, en la noche, cuando ya estaba roto el armisticio, la tercera parte de su gente fué sobornada, pasándose con armas y bagages á las filas enemigas.

El día 19 se pusieron en acción los macabeos.

Los del cabildo exclesiástico llamaron á Zuloaga y le dijeron:

—Estamos contentos de usted, es decir, el Directorio conservador le manda dar las gracias á usted, por nuestro conducto, por haberse sabido sostener durante el armisticio contra todas las proposiciones de arreglo que le hizo Comonfort; pero el mismo Directorio desea, esto es, le suplica á usted, y en caso necesario le ordena, que se ajuste al plan de operaciones militares que ha de proponerle Miramón. . . .

—Pero es el caso que Miramón es mi subalterno . . .

—No importa, dijo el gobernador de la Mitra, el Directorio tiene plena confianza en el coronel Miramón y pone por condición, para seguir ministrando recursos y prestando su prestigio á la revolución, que el jefe indicado sea el que rompa las hostilidades.

—Señor Provisor, las hostilidades están rotas desde anoche.

—Bueno, bueno; pero los ataques sucesivos ha de dirigirlos el señor Miramón.

—¿Quiere decir que debo entregarle el mando?

—El mando militar se entiende, quedándose usted con el civil; porque probablemente el Directorio dispondrá que sea usted el primer jefe del Estado.

—¿El Presidente de la República?

—El Presidente de la República, si es que se dispone que prevalezca ese dictado en el nuevo orden de cosas. Tal vez se llamará Dictador, Procónsul ó Alteza; pero como quiera que se llame la primera autoridad, usted será el que se coloque á la cabeza del gobierno.

Zuloaga ya no opuso objeciones, y se salió de allí resplandeciente de alegría.

Eran las ocho de la mañana: á las once ya estaban Miramón y Osollos con sus columnas atacando la Acordada y el Hospicio, en donde tuvieron que vencer una resistencia de las más obstinadas.

Si las pequeñas guarniciones de esos puntos hubieran sido auxiliadas aunque fuera con cien hombres bien municionados, de seguro que hubieran podido rechazar el terrible ataque que se les dirigió; pero ó no hubo tropas de reserva, ó no tuvieron camino por donde llegar, una vez que fueron tomadas todas las avenidas por los Macabeos durante el armisticio, ó Comonfort estaba aturdido,

el caso es que nada pudo hacer en favor de los pocos ilusos que todavía estaban sosteniendo aquella sombra de gobierno.

De la misma manera le tomaron al día siguiente el punto de San Francisco, que era un fuerte formidable, pero que estaba casi sin defensores, pues que principalmente en la obscuridad de la noche se verificaban las deserciones en masa, dejando tan aclaradas las filas, que á veces sólo se quedaban los cuadros de oficiales.

Los Macabeos eran jóvenes, eran ambiciosos, eran resueltos, y siguieron avanzando con decisión. Su plan de operaciones había quedado reducido á dos puntos: 1°. Atraerse á los desmoralizados reclutas de Comonfort, ofreciéndoles darles bien de comer y beber y sus cincuenta centavos en efectivo. 2°. No dar un punto de reposo al enemigo, para evitar que se organizara y para no dar tiempo á que le llegaran recursos de fuera.

El día 20 Comonfort llamó al general Rangel, á las doce de la noche, para que lo acompañara á hacer la ronda de sus puntos fortificados. Todos estaban desiertos.

—¡Es una defección, general! exclamó Comonfort.

—Sí, señor Presidente, no le quedan á usted más hombres leales que Díaz y Blanco.

—Pero apenas es creible: antes de ayer he pasado revista á cinco mil hombres.

—Y hoy creo que no tiene usted cuatrocientos.

—Concluyeron sin combatir, ¡se han evaporado!

—Es la derrota moral la que ha hecho á muchos retirarse á sus casas.

—Tiene usted razón. Vamos á defender el palacio como el último baluarte de mi gobierno.

—Ni yo ni los que estamos á su lado lo permitiremos, señor Presidente. Usted debe partir.

—Yo salir huyendo como un foragido. . . ¡nunca!

—Usted podrá salir con todos los honores á virtud de un convenio que yo conseguiré arreglar.

A las siete de la mañana del día 21 se arregló aquel convenio con el general Parra, en el momento en que ya venían los Macabeos avanzando con sus columnas. Parra convino en que el que había sido Presidente saliera con la escolta que gustara, y el general Comonfort, el que había sido el ídolo del pueblo, el que pudo con su gran prestigio vencer los obstáculos que se presentaron á su paso, el que debió consolidar la paz y hacer la felicidad de la República, salió con la cola entre las piernas á las ocho de la mañana, de palacio, seguido de unos veinte militares y de unos cincuenta dragones de escolta, pudiendo ya á esa hora oír los gritos de la multitud que aclamaba á Osollos y Miramón, los que venían al galope seguidos de sus tropas á ocupar el Palacio Nacional.

